

Francisco Violat Bordonau

EL HOMBRE ARTIFICIAL

Me encontraba evaluando unas pruebas cuando, sin previo aviso, mi superior me comunicó una nefasta noticia: en nuestra sede de Barcelona habían detenido a Axel, uno de nuestros jóvenes investigadores, acusado de asesinato. Se me ordenaba que acudiese de inmediato a la Ciudad Condal para asistirle profesionalmente.

Tras tomar mi maletín y la chaqueta un taxi me condujo al aeropuerto en donde alcancé por los pelos el primer vuelo que me llevaría hacia el mar. Al tomar tierra otro taxi me trasladó, a través de una ciudad repleta de vehículos y retenciones, hasta la dirección que me habían facilitado antes de salir. Entré en la comisaría y un agente uniformado me recibió y me acompañó por aquel dédalo de corredores y pasillos. Mi cicerone penetró en una sala muy amplia, con varias mesas, y se dirigió a un hombre vestido de calle.

—Disculpe, subinspector —le dijo—: es el caballero que usted esperaba

—¿Es usted el psicólogo madrileño? —me preguntó tendiéndome la mano.

—Sí, yo mismo —le respondí estrechándola—. Perdone que sea tan directo: han detenido ustedes a uno de nuestros investigadores... ¿Cómo es eso posible?

—Sí —me respondió—. Pero acompáñeme a mi despacho, por favor. Su hombre está detenido esperando al abogado de su empresa que ya llega tarde... ¡Sígame!

Caminamos hasta un despacho y cerró la puerta suavemente.

—Axel es un joven... Es algo extraño, ¿no? —me preguntó cuando se sentó: me invitó a imitarle y tomé asiento frente a él, al otro lado de su amplia mesa.

—Axel es un joven muy especial. No, no es retrasado: es la persona más inteligente

Francisco Violat Bordonau

y preclara de nuestra empresa. La *Fundación*, como usted seguramente sabe, se dedica a la investigación en el campo de la bioingeniería, nuevas vacunas y prótesis genómicas entre otras. No puedo contarle mucho más sobre qué es lo que fabricamos... Además tengo una cláusula de confidencialidad kilométrica.

El agente asintió esbozando una leve sonrisa: sí, ya lo imaginaba.

—Entiendo... —dijo sonriendo—. Me ha parecido que Axel era algo... Algo *raro*. No creo que me explique demasiado bien: en realidad parece un poco retrasado. ¿No?

—¿Retrasado? ¡No, por Dios! Es un muchacho muy, muy inteligente.

—No lo parece, la verdad... Su comportamiento cuando fue detenido era extraño, como si no tuviese nada que temer o incluso fuese un alivio que lo trajesen aquí.

—¿De verdad? ¿Qué ocurrió? Sólo sé que se le acusa de asesinato.

—Dos agentes le bajaron a la calle desde la *Torre Guasch* en donde trabajaba: le introdujeron en un coche, le leyeron sus derechos y no se inmutó; luego se le trasladó hasta aquí y permaneció muy quieto en el asiento, como si fuese de excursión...

—¿Y ese es un comportamiento extraño, inspector? Es un chico muy educado.

—Lo normal hubiese sido mostrarse agresivo, gritando a voces que era inocente.... En su caso no fue así: está en la sala de interrogatorios sentado en la silla muy tranquilo. Además ha permanecido con la vista fija en el suelo como si fuese un niño de ocho años muy arrepentido tras ser pillado en una travesura: desde que se le detuvo no ha dicho casi nada, no ha solicitado nada y creo que no desea molestar. ¡Parece un robot!

Sonreí por su extraña ocurrencia.

—Es *especial* como usted ha notado pero no, no es retrasado. ¡Todo lo contrario!

El agente se movió en su silla dudando de mis palabras.

Francisco Violat Bordonau

—No es frecuente que una gran empresa nos haga esperar por un psicólogo —me dijo—. Por un abogado sí pero por un psicólogo... Además no entiendo qué es lo que se espera que haga usted aquí. Los indicios apuntan a su culpabilidad: será un “presunto”, no lo niego, pero estará detenido hasta que un juez ordene lo contrario. ¿No le parece?

Sonreí sin decir nada.

—El abogado —continuó diciendo— vendrá para velar por los intereses legales de su cliente, el empleado de la poderosa *Fundación*, pero no entiendo qué puede esperarse de usted. ¡Además ha llegado antes que el abogado!

Le miré a los ojos antes de responder.

—¿Lo que le diga ahora, sin el abogado, no puede perjudicar a Axel?

El hombre movió la cabeza negando con vehemencia.

—No se preocupe —dijo—, lo que me comente ahora no constará en el expediente; no hasta que se realice un interrogatorio como Dios manda, desde luego... Suponga que estamos hablando como dos amigos... o hacemos tiempo para que llegue el abogado. También puede pasar a verle pero preferiría conocer el secreto de ese chaval: me tiene intrigado su extraño comportamiento y el “aura de rareza” que le rodea.

Sonreí de nuevo por sus palabras.

—Axel es Asperger —dije—. No sé si usted conoce esta expresión: se encuadra dentro de los Trastornos Generalizados del Desarrollo.

—¡Ah, sí! Asperger. Es un tema que está muy de moda: en todos los medios de comunicación se suelen mostrar reportajes, biografías y entrevistas de todo tipo. Que si Bill Gates lo es, que si Tesla o Newton lo fueron, que si viven en su mundo interior...

—Perdone que le corrija —dije un poco molesto y lo notó de inmediato—. Me parece

Francisco Violat Bordonau

poco respetuoso frivolar con un tema tan delicado. Todos somos personas, inspector, aunque no todos seamos tan normales como los que se autotitulan “normales”...

—¡Naturalmente, naturalmente! —dijo de inmediato—. Le pido mil disculpas. Quería decir que es un tema candente y está de actualidad, por supuesto, no que sea algo digno de un espectáculo circense ni nada por el estilo... ¡Le ruego me disculpe!

No me dio tiempo a añadir nada más: tocaron con los nudillos con la puerta y un agente uniformado entró seguido de un hombre maduro muy bien trajeado.

—Subinspector —dijo— aquí está el señor Valls, el abogado que esperaba.

—Por favor, pase y siéntese —le dijo al recién llegado: el agente se marchó. Jaume Valls me reconoció enseguida, me estrechó la mano con una amplia sonrisa y dejando su grueso maletín en el suelo tomó asiento en una silla situada a mi lado.

—Siento mucho el retraso —se excusó con un gesto de impotencia— pero el tráfico está fatal en el centro a esta hora del día: Vengo desde Sabadell y...

—No se preocupe —dijo el inspector sonriendo—. Todavía no hemos comenzado el interrogatorio, señor Valls. Hablábamos de Axel: su colega me estaba ilustrando sobre su personalidad y me ha aclarado algún concepto erróneo.

—Necesito saber si mi cliente está bien y necesita algo —le dijo Jaume—. Puede que necesite hacer algunos trámites, requerir informes o... ¡No sé! Quizá deba pedir que nos asista algún compañero del bufete. Si no le importa necesito verle ahora...

—¡Ningún problema! —exclamó el agente. Se levantó, nos invitó con la mano a seguirle y nos llevó hasta la sala de interrogatorios; abrió la puerta y dentro pudimos ver a un chico muy joven sentado en una silla. Un agente uniformado le escoltaba. En cuanto Axel nos vio entrar se levantó y dio un par de pasos hacia nosotros tendiéndonos la mano;

Francisco Violat Bordonau

fue entonces cuando comprobé que algo no marchaba bien: no sólo parecía tenso, o muy incómodo, sino que al caminar lo había hecho levemente inclinado hacia su izquierda reflejando dolor en su rostro. Además presentaba un fuerte hematoma con una leve hinchazón en la parte izquierda de su mandíbula.

—¿Te duele algo, Axel? ¿Estás herido? —le pregunté; yo ya sabía que tenía una tolerancia muy alta al dolor y no se quejaría nunca.

Negó con la cabeza pero le costó trabajo enderezarse y aspirar aire, como si el simple hecho de ponerse de pie le hubiese fatigado mucho. Cuando nos estrechó la mano lo hizo sin fuerza alguna, como si no pudiese apretarla con normalidad.

—Por favor —dijo Jaume dirigiéndose al subinspector— me gustaría que antes de comenzar un médico forense le examinase: creo que está malherido y no lo dice, no sabe expresar su dolor físico. ¿Podrías levantarte la camiseta, por favor?

Axel, sin levantar la vista del suelo, pareció dudar unos segundos pero enseguida le obedeció: al quitarse la camiseta pudimos comprobar que varios extensos hematomas aparecían en su costado izquierdo. Sin duda alguna estaba muy dolorido.

—Sánchez, lleve al joven al médico forense y ya sabe el resto... —le ordenó el subinspector al agente. El policía obedeció sin decir nada: esperó a que Axel se pusiese la camiseta, con visible dificultad y trabajo, y le condujo fuera de la habitación—. Creo que será mejor esperar en mi despacho. ¿Me acompañan, por favor?

Los tres salimos y regresamos a su despacho en unos instantes.

—Todo esto se me antoja extraño —comenzó a decir mi compañero, el abogado, en cuanto nos hubimos sentado de nuevo en aquellas duras sillas.

—Créanme si les digo que lo lamento —se disculpó el policía—: no tenemos por

Francisco Violat Bordonau

costumbre desatender a los sospechosos y mucho menos maltratarlos... El muchacho no ha dicho nada de esos golpes y por eso no le ha visto el médico forense todavía.

Mi compañero asintió arrugando la frente en señal de desaprobación.

—¿Podría ponernos al corriente de qué es lo que ha sucedido exactamente?— le pedí a nuestro anfitrión—. Axel es incapaz de matar una mosca. ¡Se lo aseguro!

El inspector me miró a los ojos y asintió muy serio.

—Hace unas horas —comenzó a decir— alguien de su empresa, probablemente un agente de seguridad, nos llamó denunciando un asesinato: uno de sus empleados había encontrado a Axel en el aseo, sentado en el suelo, al lado de un cadáver: el de su compañero de trabajo, el finado señor Germán Pérez.

“Por lo que sabemos Germán era un empleado contratado hacía sólo dos meses: en la cuarentena inicial, simpático y sociable, acababa de presentar ciertos resultados a su jefe de departamento, el joven Axel. Ahora, cuando parecía que iniciaba una prometedora carrera en la empresa, aparece muerto en el aseo al lado de su joven superior. ¡Muy sospechoso, me parece! Mi trabajo es sospechar: no juzgo, sólo sospecho.

Jaume y yo nos miramos en silencio. Lo sucedido era muy extraño.

—Las apariencias engañan a veces, inspector —dijo el letrado.

—El finado era un empleado prometedor que tras presentar unos resultados a su joven jefe aparece muerto a su lado... Es fácil sumar dos y dos: el joven sentía celos del nuevo empleado; probablemente tras discutir le asesinó por algún motivo que en estos momentos desconocemos. Es una sospecha, como les he comentado: una presunción, sí, quizá y lo admito. Las pruebas hablarán pronto con claridad y enseguida sabremos algo más de este turbio asunto. ¡Puedo garantizarlo, caballeros!

Francisco Violat Bordonau

—Axel es un joven que no puede sentir celos de nadie y menos de alguien tan mediocre e insulso como Germán —dije bastante molesto.

—¿Por qué dice eso? —me preguntó el inspector—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Desde el día en que le contrataron —respondí— Axel tuvo problemas con Germán. ¡Todos lo notaron! El pobre chaval no dijo ni “mu” tragándose los inconvenientes y molestias, malestares y dificultades para no perjudicar al nuevo empleado. No, no es envidia, inspector: Axel habló conmigo y sólo porque insistí me confesó sus malestares físicos. Dudo que haya hecho lo que usted insinúa, inspector: no podía estar cerca de él sin enfermar y mucho menos atacarle para asesinarle. ¡No, lo dudo mucho!

El subinspector me miró con curiosidad e incredulidad.

—¿Podría hablarme de él? —me preguntó—. No se preocupe, todo es extraoficial y no constará en el expediente policial: puede hablar como si estuviese con un amigo de confianza. Lo que me diga no saldrá de este despacho. ¡Tiene mi palabra de honor!

Dudé durante algunos instantes. Miré a Jaume pero cuando éste asintió en silencio me animé a contarles lo que sabía de Axel y sus problemas: comencé a hablar.

—Germán Pérez, natural de Valencia, fue contratado hace dos meses por nuestra empresa ya que venía muy bien recomendado. En la cuarentena inicial, de sonrisa fácil, simpático y muy sociable, pasó todos los test demostrando una inteligencia normal para su edad: demasiado *estándar*, si le soy sincero, pero no todos podemos ser genios ni superdotados. Justo 100 de C.I.: era un adulto promedio. Fue contratado para el departamento que dirigía Axel en la sede de Madrid, precisamente el más avanzado de nuestra Fundación: sería su ayudante ya que parecía tener dominio sobre la misma materia en la que está especializado el muchacho. ¡No puedo decirle más!

Francisco Violat Bordonau

El inspector asintió sin decir nada: estaba muy claro que la confidencialidad ataba mis labios y me obligaba a ser muy discreto en ciertos asuntos.

—Sin embargo el mismo día —continué—, ante mi sorpresa, me encontré a Axel en el aseo varias veces: durante la última de ellas comprobé que estaba verde, su rostro estaba ceniciento como si estuviese enfermo. Le pregunté qué le ocurría y me dijo que se encontraba muy mareado, con náuseas y que había vomitado: no le dí mayor importancia y tras comprobar que parecía haberse repuesto después de beber un vaso de agua fresca regresé a mis tareas. Durante los siguientes días pareció que todo marchaba con normalidad pero, algo extraño e inusual, me encontré muchas veces con Axel en la “sala del café” que se suele emplear para hacer un descanso: era sorprendente ya que no toma más que infusiones en su despacho, a solas, pero no le di mayor importancia. Sin embargo uno de sus compañeros me rogó que hablase con él ya que además de parecer anormalmente inquieto se movía por la habitación de un modo extraño y absurdo: al final comprobó que en cada habitación en la que estuviesen juntos procuraba situarse siempre lo más lejos posible de Germán. No tuve más remedio que hablar con él y me confesó sus extrañas molestias.

—¿Qué tipo de molestias? —me preguntó el inspector.

—Físicas —le respondí—. Le pedí que me visitase: cuando lo hizo comprobé que estaba blanco como el papel. Cuando le pregunté qué era lo que le sucedía negó que le ocurriese algo, lo que yo ya me esperaba, pero al insistir y comentarle que parecía no encontrarse bien con su nuevo compañero de departamento (un subordinado de mayor edad muy sociable, amable, divertido y además simpático) levantó la vista y me habló mirándome a los ojos: eso es algo muy inusual en Axel, inspector. ¡Créame!

—Germán no me agrada —dijo—. Pero no en el sentido que puede suponer: que no

Francisco Violat Bordonau

me cae bien, que no me gusta o que no deseo que esté en mi departamento por algo que tiene que ver con su trabajo... ¡No, no! No me agrada porque me hace daño físico: huele a “plástico”. ¡Huele a “nuevo”! Su ropa *suenan*, sus zapatos *resuenan* y chirrían al caminar... ¡Todo en él huele a *plástico*! A no usado, a *nuevo*, como si acabase de salir de un envoltorio... ¡Me produce náuseas su olor corporal y por eso procuro alejarme de él!

Los hombre que me acompañaban se miraron entre ellos sin decir nada, pero sus rostros lo dijeron todo con claridad: Axel parecía completamente loco. Loco de atar.

—Sí, sé que les sonará a una incoherencia dicha por un demente —me apresuré a aclararles— pero yo mismo he comprobado que si Axel se encuentra cerca de Germán se altera: primero empalidece, luego se pone verde y si no puede alejarse de él tiene que ir al aseo a vomitar. En dos reuniones ocurrió: incapaz de ausentarse ni levantarse porque el presidente de la Fundación asistía a las reuniones empalideció, le vimos ponerse verde, luego se mareó y vomitó terriblemente indispuerto... Todos los asistentes a la misma podemos corroborarlo ante un tribunal: Germán le alteraba físicamente, créame.

—¿Cómo es posible que diga “que huele a nuevo” o que “resuenan sus zapatos”? —me preguntó el subinspector con interés—. ¡Eso es poco menos que imposible!

—Axel tiene sus sentidos extraordinariamente aguzados —respondí—: puede oler un ambientador que le moleste nada más entrar en un edificio, aunque se encuentre instalado en un despacho situado en la última planta. También nota cuándo unos zapatos son nuevos por el modo en que el cuero “chirría” al caminar. La agudeza de sus sentidos, su *hiperestesia*, en ocasiones le produce daño físico obligándole a vomitar: por eso en Madrid tuvieron que cambiar todas las moquetas pese a que fue algo muy caro y laborioso. Mereció la pena, por supuesto: costó mucho trabajo y dinero contratarle pero es un joven investigador extraordinariamente brillante y creativo.

Francisco Violat Bordonau

—Precisamente hace poco solicitó su traslado a Barcelona sin que nadie, salvo los directivos más importantes, supiesen el por qué —añadió mi compañero.

—Yo puedo aclararte el por qué, Jaume —le respondí al punto—: fue porque no podía continuar por más tiempo trabajando junto a Germán. Se le concedió el traslado a regañadientes y se le permitió cambiar de aires unos meses mientras (pensábamos todos) se adaptaba a la nueva situación. Funcionó durante un tiempo, como ya sabes.

—Y entonces, ¿cómo es que ahora nos encontramos al finado Germán Pérez junto a Axel, en Barcelona, trabajando nuevamente juntos? —me preguntó el subinspector—. ¿Qué es lo que no cuadra en esa historia, caballeros?

—Alguien de *muy arriba*, probablemente de la Presidencia (tenemos una nueva directiva), envió a Germán a trabajar nuevamente con el chico hace apenas una semana: supongo que sus investigaciones dependían tanto de las de Axel que sólo trabajando junto a él, en su mismo departamento, podría obtener resultados viables...

El oficial iba a preguntarme algo cuando, bruscamente, tocaron en la puerta con los nudillos: ésta se abrió y un agente asomó la cabeza para darnos la noticia.

—El sospechoso está nuevamente en la sala de interrogatorios, subinspector.

El policía asintió, se levantó y con un breve gesto nos pidió que le acompañásemos. Unos instantes después estábamos junto al joven: Axel estaba sentado en una silla con la vista baja y la mirada fija en la madera de la mesa de interrogatorios.

—Aquí tiene el informe —le dijo uno de los hombres que permanecía sentado junto a Axel, probablemente un médico forense a juzgar por su bata blanca.

—¿Y bien? —le preguntó el subinspector—. ¿Alguna novedad?

—El detenido —respondió— presenta un importante hematoma en la parte izquierda

Francisco Violat Bordonau

de su mandíbula, probablemente fruto de un fuerte rechazazo: el puñetazo fue brutal. Presenta dos costillas rotas en la parte izquierda de su tórax y al menos una, quizá dos, lastimadas en la derecha: se precisan radiografías para verificarlo. También aparece un hematoma en el muslo izquierdo, probablemente debido a un rodillazo mal dirigido a su zona genital, así como marcas de dedos en ambas muñecas: sin duda ha sido agarrado con mucha fuerza. Parece como si una banda callejera se hubiese ensañado con él a base de puñetazos y patadas... ¡Y hubiesen ganado los malos, naturalmente!

—Entonces, según parecer, Germán le dio una soberana paliza a Axel antes de fallecer... ¡O de que le asesinaran! —dijo entre dientes el subinspector—. Es evidente que hubo bastante violencia física entre ellos. ¡Me pregunto por qué, caballeros!

—Me limité a defenderme de él —dijo, en voz muy baja, Axel.

—¿Cómo? —preguntó el inspector levantando la vista del informe forense.

—Aprovechando que me propinó el rodillazo entre las piernas —le respondió—, cuando me soltó las muñecas le empujé para alejarle de mí: me asfixiaba con su peste a *nuevo*. Fue entonces cuando pisó una pequeña mancha de agua tirada en el suelo junto al lavabo, resbaló y se golpeó en la cabeza sin demasiada fuerza: cayó al suelo y quedó inmóvil dejando de “rechinar”. Algo en su interior se detuvo: dejó de molestarme con su ruido chirriante que tanto daño me hacía. Casi más que su extraño olor a “plástico”. Se quedó en el suelo, roto e inservible y así fue como lo encontraron ustedes.

Todos los presentes le miramos como si fuese un pobre loco que deliraba.

—Querrás decir “muerto” —aclaró el subinspector mirándole a los ojos.

—¡No, roto! —exclamó Axel muy serio—. Muerto no: roto, estropeado e inservible. Dejé de *chirriar* y se detuvo en cuanto se golpeó la cabeza. ¡Se lo juro, inspector!

Francisco Violat Bordonau

—El chico tiene un olfato mejor que el de *Chucho*, nuestro sabueso —añadió sonriendo el forense para romper la tensión del momento—. Ha sido capaz de identificar las colonias de todos las personas con las que se ha ido cruzando. ¡Increíble!

El subinspector se sentó frente a Axel, le tomó de la barbilla y con mucha suavidad le obligó a levantar la cabeza para verle los ojos. No sé exactamente qué buscaba, si un indicio de sinceridad o ver cómo era su alma, pero fuese lo que fuese lo que pudo ver en esos ojos azules creo que desde ese momento confió plenamente en sus palabras.

—¿Podrías describir de memoria, cerrando los ojos, cómo va vestido el doctor? —le preguntó a Axel con suavidad.

Axel no se inmutó ni, como podía esperarse, se volvió para dar un rápido vistazo al forense: se limitó a cerrar los ojos, moverse en la silla y comenzó a describir con todo detalle la vestimenta del forense. Naturalmente no falló en nada, como yo suponía.

—En el despacho grande —continuó con tranquilidad en cuanto acabó de describir al forense—, por el que hemos pasado, hay doce mesas, quince personas, tres relojes de pared y ninguno tiene la hora correcta: el que está situado sobre la mesa de madera, la que tiene una esquina rota, lleva nueve minutos de adelanto, el que está colocado encima del archivador que empieza con las letras “Horta-Sabadell” presenta un retraso de cuatro minutos y el que está en su despacho, en la pared opuesta a la que muestra el retrato del Rey tiene un adelanto de tres minutos. Falta un libro en una de sus estanterías, la de la derecha, que está depositado ahora mismo sobre una de las mesas situadas en la pared del fondo de la sala grande, la misma que tiene dos botes para lápices con seis bolígrafos todos distintos. Y hay una filtración de agua en el techo: no, no se aprecia la mancha de humedad pero puedo oler la escayola mojada. ¡Se lo puedo garantizar!

El subinspector enarcó las cejas de incredulidad. ¿Era cierto lo que decía?

Francisco Violat Bordonau

—Siento mucho tener que dejarles ahora —dijo el médico forense incrédulo—. Mis obligaciones me reclaman y ese cadáver necesita una autopsia... ¡Hasta luego!

Salió de la habitación y se despidió con la mano de los presentes.

—Bien —dijo el subinspector iniciando la rutina policial— en vista de los hechos sin más dilación vamos a comenzar el interrogatorio. Ya sabe usted, señor Valls, cómo es el procedimiento... ¿Me hace los honores?

Mi compañero asintió y sacó de su maletín una gruesa libreta sobre la cual iría anotando todo lo que considerase de interés para defender a su cliente.

—Axel, cuéntanos todo lo que ha ocurrido sin omitir ningún detalle —le pidió el inspector con mucha amabilidad—. Cálmate y toma aire, concéntrate y con esa memoria prodigiosa ilústranos sobre qué ocurrió en el aseo de caballeros y cómo tu compañero terminó en el suelo, muerto y bien muerto. ¡Te escuchamos con atención!

Axel se movió en la silla e intentó ponerse cómodo pese al fuerte dolor originado por sus costillas fracturadas y la paliza que había recibido poco antes.

—No sé exactamente quién o *qué* era Germán Pérez —comenzó a decir—, pero desde el primer momento en que se me acercó me produjo daño. Cuando le vi aproximarse parecía una persona exactamente igual que todas las demás: alguien ajeno a mí, distinta porque es neurotípica y “normal”, pero que no me hace daño ni me molesta por ser así. Sin embargo a seis pasos pude olerle: olía a *plástico*, a *nuevo*, a algo raro y muy perturbador que jamás había olido antes ni pude reconocer. Además sus zapatos de cuero negro rechinaban y chirriaban de un modo desagradable porque eran nuevos, nunca antes habían sido utilizados; su ropa también *sonaba* de un modo raro: incluso podía oler el aroma del apresto que la impregnaba todavía ya que estaban recién compradas en un caro gran almacén. ¡Era una persona que olía de un modo extraño!

Francisco Violat Bordonau

El inspector me miró incrédulo, yo le miré de idéntico modo y mi compañero el abogado nos imitó con idéntica incredulidad y escepticismo.

—Cuando me estrechó la mano —siguió diciendo Axel— lo hizo con fuerza pero controlando cuidadosamente la potencia muscular. El tacto de su piel me pareció extraño e inusual; era cálido, como una mano humana, pero demasiado suave: como si no tuviese imperfecciones en la piel o llevase puestos unos guantes de látex. Además me dejó la mano impregnada de un olor *sintético* que me mareó y no desapareció hasta que la lavé tres veces... Un olor desagradable extraño y perturbador: “plástico” es lo único que se me ocurre decir aunque no es exacto del todo en su definición. ¡Olía muy raro!

“Había sido contratado porque, según decían, era todo un experto en el mismo campo en el que yo investigo y trabajo: dijeron que sería un compañero insustituible con quien no sólo podría discutir de tú a tú sino compartir mis investigaciones, ya que tenía amplia experiencia en el campo. ¡Todo era completamente falso!

“Germán, a los pocos días de trabajar conmigo, me demostró que no sólo no estaba a mi altura sino que lo único que podía hacer era copiar y remedar, de modo muy pobre, lo mismo que yo hacía. Incluso el trabajo que presentó a la Dirección, a mis espaldas y sin mi permiso, fue sólo un resultado mediocre extraído y pergeñado directamente de mis resultados aún no publicados. No era más que un *quiero pero no puedo*. No le dije nada a nadie, naturalmente, ya que además de *raro* no deseaba que pensasen de mí que era un paranoico o un envidioso de campeonato: el tiempo pone a cada uno en su sitio, dicen, y sería él mismo quien demostrase su total incompetencia.

Nos miramos y sonreímos porque Axel tenía toda la razón.

—Ya el primer día —continuó— comprobé que su presencia, su olor, me mareaba hasta llegar a las náuseas si permanecía junto a él a corta distancia: procuré situarme lo

Francisco Violat Bordonau

más lejos posible para evitar su emanación y su peste pensando que al siguiente día, cuando se duchase y cambiase de ropa, el olor desaparecería. ¡Pero no fue así! Incluso recién duchado y con ropa distinta seguía emanando de él un olor que al principio me molestaba, pero que al cabo de los días se transformó para mí en un *tufo* insoportable que me hacía daño y me enfermaba: primero empalidecía, luego mi rostro se volvía de color verde y cuando las náuseas eran insoportables tenía que ir al aseo a vomitar una y otra vez. ¡Era terrible, puedo jurarlo! Si se me acercaba comenzaba a vomitar...

“Absolutamente todo en él era extraño y desconcertante, aunque yo intentase bloquear las sensaciones que me transmitían mis sentidos: sus zapatos rechinaban; su ropa sonaba al frotarse las nuevas e impolutas telas impregnada con apresto; su tacto era extrañamente “sintético” y todo en él apestaba a “plástico”, a “sintético” y a “artificial”. Era algo que me resulta imposible de describir con palabras. Además tenía un “chirrido” interior que me ponía extraordinariamente nervioso y me enervaba: un sonido, un *chirrido* tan leve, agudo y discordante que nadie podía escuchar aunque resonase en mis oídos y torturase hora tras horas enervándome hasta el paroxismo, el mareo y la náusea...

Volvimos a mirarnos incrédulos sin poder creer en sus palabras.

—Su trabajo —dijo muy calmado—, que aparentemente era de calidad, en realidad no era nada: era pura fachada. Un fraude. Germán no pudo extraer del excelente material puesto a nuestra disposición nada, ningún resultado de utilidad: ningún avance, ninguna investigación, ningún nuevo proyecto, ningún descubrimiento o ninguna nueva línea de trabajo... Se limitó a seguir mi estela e imitarme con la pericia del copista medieval que imita y copia un delicado texto griego, letra a letra, sin saber leer qué dice ni de qué trata. Germán no era más que un pobre “hombre vacío” que no pintaba nada en nuestro grupo de trabajo ni en la Fundación. Además, para intentar ganar puntos ante la Dirección, se

Francisco Violat Bordonau

atrevió a usar mi material más avanzado, privado y sin publicar todavía presentándolo como suyo, como de su propia cosecha, con la vana intención de *simular* que sabía lo que estaba haciendo cuando era evidente que no sólo no era competente, sino que no estaba cualificado ni servía para nada. No, no lo digo con envidia: era un fraude humano muy simpático y sonriente, bien peinado y vestido... ¡Era un *hombre vacío*!

“Como su presencia me hacía daño físicamente, me ponía muy enfermo, solicité el traslado a Barcelona para alejarme de él; funcionó durante unos días hasta que, no sé cómo, consiguió que se le trasladase junto a mí. Entonces volví a sentirme enfermo hasta tal punto que en mi mesa, en el segundo cajón de la derecha, está el documento de renuncia a mi puesto de trabajo: no podía seguir sufriendo por más tiempo. Me marchaba, renunciaba a mi puesto de trabajo y a mi vida: no podía aguantar más.

“Esta mañana, cuando fui al aseo para vomitar por quinta vez en dos horas, él entró por la puerta con la gran sonrisa que utilizaba para *semejar* ser una persona simpática, afectuosa y sociable; para que todos le deseen como amigo y él se pueda acercar a ellos, no sé exactamente para qué, con intenciones que desconozco pero que no pueden ser honradas, ni éticas ni sanas. Con su fina ironía se burló de mí una vez más. Estallé sin poder aguantar por más tiempo: le dije que no era más que un “parásito psíquico”, un “hombre vacío” que no tenía intelecto y era incapaz de crear nada salvo a costa de parasitar a otros porque, además de mediocre, era incompetente al carecer de imaginación y espíritu propio. Le dije que olía a “plástico” y que en unos días dejaría de oler su tufo, que me mareaba hasta enfermar, porque iba a dimitir de mi puesto de trabajo. ¡Jamás volvería a verme ni molestarme! ¡Jamás volvería a copiarme ni usar mi material!

—¿Y qué ocurrió? —le preguntó el subinspector con curiosidad.

—Supongo que se sintió amenazado porque puse al descubierto algo que le alertó o

Francisco Violat Bordonau

le aterrorizó mucho —le respondió Axel—. Sin ningún aviso, y sin que yo tuviese tiempo de cubrirme o defenderme, me propinó un puñetazo en la mandíbula, dos puñetazos en el lado izquierdo del pecho y otros dos más en el derecho con mucha fuerza, tras lo cual intentó desarmarme de un rodillazo en la entrepierna. Soporté el dolor sin inmutarme y fue cuando, agarrándome de las muñecas con la fuerza de un robot, me golpeó contra una de las paredes sin cambiar su falsa pero amistosa sonrisa. Con todas mis fuerzas me zafé de sus garras, que me apretaban las muñecas como tenazas y fue cuando, al verme libre y advertir que pretendía estrangularme, le dí un pequeño empujón: no tenía fuerzas (me dolían las costillas fracturadas) pero, no sé cómo, debido a su escaso peso y constitución tan enclenque se desplazó hacia atrás, pisó un charco de agua y resbalando se golpeó la cabeza con uno de los lavabos. El golpe, que les aseguro fue sin fuerza alguna, hizo que cayese al suelo inerte: quedó boca arriba, detenido, con los ojos abiertos. Algo dentro de él se rompió, se detuvo y el odioso “chirrido” que me había atormentado durante semanas cesó. ¡Se detuvo por fin! El muñeco humanoide se rompió y dejó de fingir ser humano.

Nos miramos de nuevo sin poder creer de nuevo sus palabras.

—Sin fuerzas —continuó diciendo—, sin poder tomar aire y lleno de dolores me dejé caer en el suelo para intentar recuperarme de la brutal paliza; fue entonces cuando entró Jordi y al ver lo ocurrido salió corriendo para llamar a un vigilante de seguridad. Es todo lo que tengo que decirles. Sé que suena a locura pero es la verdad. ¡Toda la verdad!

Los presentes nos miramos los unos a los otros de nuevo sin decir nada: nuestras miradas declaraban con mudas voces que todo nos parecía antinatural y extraño. Era evidente que Axel había perdido el juicio, mentía o, casi al borde de la locura, deliraba poco antes de ser encerrado para siempre en una institución mental destinada a los locos más peligrosos...

Francisco Violat Bordonau

Axel se quedó inmóvil mirando nuevamente la pulida superficie de la mesa: todavía respiraba con dificultad debido a sus costillas rotas y a las fuertes contusiones recibidas por Germán. No me quedaba más remedio que pensar que había perdido la cordura: se había vuelto loco debido a los celos, al exceso de trabajo, a la presión o a motivos que yo desconocía en esos momentos. ¡Quizá incluso nunca se recuperase!

Ya estábamos a punto de levantarnos para marcharnos, una vez terminado el breve interrogatorio, cuando la puerta se abrió y por ella volvió a entrar el médico forense. Su rostro, blanco como el papel, mostraba un estupor similar al de un pobre obrero de la construcción, con seis hijos y parado de larga duración, que comprueba asombrado que su triste primitiva de dos euros está premiada con mil quinientos millones...

—¿Qué sucede, doctor? —le preguntó el subinspector con suspicacia.

—¡Es lo más extraño que he visto en mi vida! —nos respondió el médico sentándose en una silla, tomando aire y recuperándose de la impresión—. Axel tenía toda la razón. ¡Toda! Antes pensé que hablaba sin sentido y deliraba cuando mencionó las palabras “nuevo”, “rechinar” y “plástico”... Incluso sentí pena del muchacho... ¡Pobre loco!

Los presentes nos miramos sin comprender nada: noté que Axel levantaba la vista, sonreía levemente y miraba al doctor buscando la verdad en sus ojos y sus palabras.

—¿Ha finalizado ya el examen del cadáver? —le preguntó el subinspector al forense poniéndose de pie.

—¡No hay cadáver! —respondió el aludido sorprendido—. Dudo mucho que el chico sea culpable de un asesinato ya que no hay cadáver ni cuerpo exánime que enterrar o incinerar... No queda ningún cuerpo que examinar. ¡Nada de nada!

El silencio se extendió de inmediato por la pequeña habitación.

Francisco Violat Bordonau

—Lo habíamos desnudado y estaba sobre la mesa —siguió diciendo el forense—. Al clavar el bisturí en el pecho ocurrió algo increíble: lo que no era más que un pequeño rasguño en la piel creció rápidamente... Comenzó a alargarse en todas direcciones, a extenderse, a ampliarse y sólo puedo decir que ante nuestros atónitos ojos (¡gracias a Dios está grabado en vídeo y a todo color!) un polímero se despolimerizó... En cuestión de medio minuto lo que parecía el cuerpo de un varón de unos cuarenta años cambió, se descompuso en vapores malolientes y quedó reducido a unos diez o quince kilos de polímero plástico, minúsculas bolitas de material sintético de color carne, finísimas fibras ópticas blancas que parecían nervios o algo así y que, al tocarlas, se deshacen en cenizas que no pueden analizarse sin que se conviertan en polvo... En la mesa de autopsias no yace un cadáver sino que hay un humanoide: un puñado de polímeros plásticos, unas finas fibras ópticas biodegradables y lo que parecía leche de soja que se escurrió de su cráneo hueco dejándolo lleno de cenizas que se transformaron en polvo. Ni un leve atisbo de humanidad sobre la mesa. ¡Sólo plástico, caballeros! Sólo plástico...

Nadie se atrevió a decir ni añadir nada: Axel tenía razón, desde luego. Toda la razón.

—Germán Pérez —dijo el forense bajando la voz— era un “hombre vacío”: un ser de plástico, un robot con mecanismos artificiales de una extraña y avanzada tecnología que desconozco y de la que jamás he oído hablar. Quizá se trate de espionaje industrial por parte de alguna empresa japonesa, quizá sea un extraño ser proveniente del futuro o un extraterrestre despistado... Lo ignoro y supongo que jamás sabremos la verdad. Lo poco que se podía analizar es un puñadito de cenizas, un extraño polímero despolimerizado del que dudo que extraigamos información o conclusiones porque todavía se desintegra y descompone a gran velocidad. ¡Con razón Axel decía que todo en él olía a *plástico*, a *nuevo*, apestaba a *máquina* y su interior *chirriaba* constantemente!